

apartados de todo trato, llevan lo mismo que los igualmente pobres bosquimanos del Sud de Africa que habitan en el desierto, es decir, una piel de oveja atada á la cintura. Con la costumbre de pintarse ó untarse el cuerpo tan generalizada entre los negros, contrasta notablemente la sencillez que en este punto caracteriza á los tedas: éstos no se pintan, ni se untan los cabellos, ni se hacen más tatuaje que las citadas largas incisiones en la región temporal y debajo de los ojos. Las chozas de esteras en que generalmente habitan los tedas tienen más semejanza con el sistema de construcción nubio y árabe nómada que con el de los negros; los baeles las construyen redondas y las gentes del Fessán meridional cuadrangulares: estos últimos viven casi siempre aislados unos de otros, al paso que los primeros aparecen en Borkú y en Ennedi reunidos en pequeñas aldeas. En punto á armas escasean el arco y la flecha, siendo las más usadas la lanza y los hierros arrojados (véase el grabado de la pág. 229): las de fuego están muy poco extendidas. Las sillas y los jaeces de los caballos y camellos, allí donde éstos existen, acusan una procedencia árabe. Estos pueblos son quizás los que más esmeradamente cuidan á aquellos animales, y sus camellos de montar figuran en el número de los mejores del Sahara y son utilizados fuera de éste para la cría. La ganadería entra por mucho más que la agricultura, en la alimentación de estas gentes. Donde quiera que el suelo ofrece condiciones favorables para ser cultivado, allí acuden poblaciones sedentarias, pero siempre su condición es inferior á la de los nómadas por debajo de los cuales están también desde el punto de vista de las relaciones sociales. Los pueblos que arraigan en un territorio son á menudo pueblos mestizos de origen reciente, como los habitantes del país de Borkú, y ocupan, por ende, un nivel más bajo que los tиббús puros.

Sólo las comarcas montañosas ofrecen en grande escala condiciones para la vida sedentaria: sólo en sus valles hay tierra y aguas suficientes para que en las hondonadas puedan formarse oasis; y por otra parte las lluvias que en ningún año faltan, humedecen el suelo lo bastante para hacer brotar en él forrajes para los pequeños y frugales rebaños. Sin estos aguaceros únicamente sería habitable aquella mínima parte de Tibesti que, como Borkú, tiene la suerte de ver humedecido el terreno por agua subterránea. No se necesitan grandes chubascos para que en poco tiempo se llenen de murmuradoras aguas los lechos secos de las corrientes, pues este suelo duro y pedregoso engulle muy poca cantidad de agua: los peñascos llenan sus cisternas naturales y sus demás huecos y envían el resto á los lechos de los ríos. Nachtigal describe la sorpresa que le causó oír después de una lluvia no muy copiosa que cayó durante la noche, el mugido de las aguas que se precipitaban por un lecho poco antes completamente seco. Este fenómeno es causa de que casi cada año perezcan ahogados gran número de asnos, ovejas y cabras sorprendidas por una de estas repentinas riadas de las que algunas veces son víctimas los mismos camellos. Raro es el año en que no llueve en absoluto. La mayor frecuencia y densidad de los nublados coincide, al parecer, con el punto culminante del período de lluvias del Sudán, es decir, con el mes de agosto. Ya hemos citado (pág. 192) las plantas de cultivo del país tиббú; de ellas la más hermosa; al par que la más importante es en estas partes del desierto la palmera datilera, viniendo después las especies cereales trigo, dachn y durra. Los demás vegetales que se cultivan tienen escasa importancia. También hemos hablado de la ganadería cuyo principal elemento es el camello.

La distribución de la población, lo propio que el tráfico

están subordinados en el Sahara al modo cómo están diseminados dentro del árido desierto los pequeños territorios fértiles: la naturaleza misma de aquél hace que la vida aislada sea mucho más rara que la agrupación en los vivíficos oasis alrededor de los manantiales y de los pozos, naciendo de aquí una existencia que podríamos llamar insular; la idea tan generalizada entre los norte-africanos de que los europeos proceden de pequeñas islas esparcidas en el Océano, no es más que un reflejo de su propia manera de extenderse por el desierto, vasto, ilimitado, que por un lado ofrece al hombre espacio inmenso al paso que por otro traza límites muy estrechos á la existencia.

Los tиббús y tuaregs errantes viven en las mismas tiendas que los árabes (también tienen tiendas de cuero) ó en chozas de hierba ó de ramujos construídas sin la menor solidez: estas últimas son generalmente para los esclavos. En cambio, en las residencias fijas encontramos casas ó cabañas de piedra ó de limo que, sin embargo, carecen de la suntuosidad de la arquitectura árabe y berberisca que tantas huellas ha dejado en el desierto: las habitaciones de estos hombres no logran romper el marco de estrechez, miseria y decadencia que las oprime, y exteriormente son todas ellas cavernas bajas y de techo achatado y carecen de ventanas. La diferencia esencial entre las del Norte y las del Sud es que las primeras están hechas con piedra y las segundas con masas de barro. Todas las descripciones que hace Nachtigal de ciudades son tétricas: la primera población de Fessán que encontró viniendo del Norte, Bu N'ds-heim, cabeza de partido, causó una impresión verdaderamente desconsoladora con su sombrío, inhabitado y semiderruído castillo á cuyo pie se extendían unas pocas chozas; Temenhint, otro lugar de cierta importancia, había perdido el año anterior al en que Nachtigal lo visitó una tercera parte de sus cabañas que habían sido simplemente barridas por las lluvias; la misma ciudad de Mursuk tiene, es cierto, una calle excesivamente ancha pero los edificios que en ella se levantan son de tierra, lo cual da á esta vía un aspecto miserable, que no bastan á destruir algunas casas con pisos y con ventanas que se cierran por medio de postigos. Ghat, hace treinta años, sólo contaba 250 casas y alrededor del grupo por éstas formado varias chozas de ramas de palmera, siendo la única vivienda algo suntuosa la residencia del soberano de la ciudad: la población de ésta se compone casi exclusivamente de asgares libres, pues los siervos tienen una ciudad especial, Barakat, situada al Sud de aquélla. Ghat se ha formado indudablemente con colonias que se fueron desarrollando junto á los bosques de palmeras datileras y á los campos de *pennisetum* de los alrededores y que encontraron el agua subterránea, elemento importante de vida, en la vecina montaña á cuyos pies está situada la ciudad en medio de colinas de arena. El desierto, que tan buen guardador es de toda clase de ruinas, conserva todavía los restos de antiguas casas de piedra que en Air cubren toda la meseta del monte.

Las gentes de Tibesti son los mejores jinetes de camellos del Sahara (véase el grabado de una de sus sillas de la página 157), pues sus buenas cualidades como tales se juntan con las no menos buenas de sus excelentes cabalgaduras. Denham escribía hace 60 años: «Desde que el sultán de Kanem reside en Kuka los tиббús prestan de cuando en cuando el servicio de correos entre Bornú y Mursuk, pues son el único pueblo que no rehuye esta misión en extremo difícil y de la cual es tan problemático el volver sano y salvo que nunca parte un individuo solo á desempeñarla. Dos correos que encontramos en Agadem (entre Bilma y el Tsad) cabalgaban en arrogantes camellos con

una velocidad de seis millas inglesas por hora y nos aseguraron que en 30 días á lo sumo salvarían la distancia desde allí á Mursuk. Todo su equipaje consistía en un saco de trigo, dos odres de agua y dos escudillas, una de madera y otra de metal, para comer y beber.» El tunecino Mohammed, infatigable viajero, consagra frases de entusiasta admiración al cuidado con que los tиббús atienden á sus camellos y, cuando los tienen, á sus caballos, negándose resueltamente á admitir el más pequeño exceso de carga sobre el peso ajustado y procurando con el más exagerado celo por el bien de sus bestias. El propio autor añade que apenas la caravana abandonaba el lugar de descanso, su tиббú cogía las riendas de su camello y andaba á pie toda la mañana, cogiendo por el camino sin detenerse las hierbas que á su paso encontraba y que se apresuraba á dar á comer á su acémila. «Un día — dice — después del mediodía, mi tиббú abandonó las riendas y fué á recoger hierbas muy lejos de la caravana que prosiguió tranquilamente su camino, y al primer alto que hicimos ya estaba el hombre á nuestro lado, siempre alegre y ligero, con su manajo de plantas que propinaba á su camello no sin antes hacerle poner de rodillas. Gracias á estos cuidados los camellos de los tиббús están siempre sanos y robustos á pesar de las largas marchas que hacen, mientras que los de las caravanas que han de ayunar por el camino van siempre caídos y extenuados.

No menores cuidados prodigan á los caballos que así por su raza como por sus arreos acusan una procedencia árabe, bien que sus sillas, riendas y estribos son más ligeros que los de los árabes. Las sillas de montar son de madera, pequeñas y de poco peso y están abiertas á lo largo del espinazo; los trozos de madera de que se componen van atados con correas de cuero y el cojín está hecho con pelos de camello entrelazados: la cincha y las acciones son también de correa entrelazada siendo de hierro y los pequeños estribos en los cuales sólo apoyan los cuatro de dos pequeños del pie, para lo cual usan los jinetes unos zapatos especiales que tienen un espacio separado para el pulgar. Los tиббús montan á caballo muy de prisa, en la mitad del tiempo que para ello emplean los árabes, y se ayudan con una lanza que clavan en el suelo al propio tiempo que apoyan el pie izquierdo en el estribo saltando de este modo sobre la silla. Como infatigables jinetes no les aventajan los mejores árabes.

Lástima que la necesidad que tanto aguza el ingenio de estos hijos del desierto les haga tan desalmados en cuanto toca á la elección de medios para la consecución de sus fines. «El afán general por apoderarse de las cosas más miserables es causa de que todos y cada uno sean desconsiderados, suspicaces y embusteros; cada cual procura perjudicar al prójimo que se opone á su camino y la verdad es que allí la necesidad hace que todos se opongan al camino de todos, y este propósito no lo llevan á cabo de una manera relativamente legítima, sino tratando por todos los medios de hacer imposible la competencia en el precio ó en último caso apoderándose violentamente de éste. Para conseguir el logro de sus fines el teda miente, roba y si es preciso asesina, y por esto le vemos huir de la sociedad de los hombres y oculto entre las peñas edificar en ellas su solitaria choza, y por esto le vemos también inquieto cuando en sus senderos descubre las huellas de un compañero de tribu y aprovechar con predilección la noche misteriosa para realizar sus siniestros planes. Cada individuo vive sólo por y para sí, ajeno á toda idea de compañerismo, indiferente á todo sentimiento de vida en común é insensible á todo esfuerzo en pro del bienestar general, y si alguna vez

se juntan estas gentes es para hacer frente á un peligro común que amenace desde el exterior de sus territorios ó para realizar robos en cuadrilla, nunca para dedicarse á un trabajo colectivo ni para gozar de los encantos de una existencia inocente y tranquila, de la que apenas tienen la menor idea. La seriedad de su vida les ha despojado de toda inocencia. Sus asambleas populares son reuniones experimentales en donde se argumenta con sofismas y se hacen las más arteras interpretaciones del derecho, y que casi siempre terminan en sangrientas luchas.» (Nachtigal.) Esta tendencia continua á la lucha y á la astucia tiene su expresión característica en el hecho de que ningún tиббú ó tuareg va sin armas ni aun en su propia aldea: hasta las mujeres llevan un puñal oculto entre sus ropas y un fuerte garrote en el cinturón, teniendo algo de irónica la afirmación hecha por un antiguo viajero de que estas armas guardan íntima relación con las intrigas amorosas de las mujeres tиббús, puesto que Nachtigal nos habla de algunas aplicaciones más prosaicas de las mismas, por lo menos del garrote: en efecto, en las continuas y acaloradas disputas que se oyen en todas las poblaciones tиббús, vió siempre emplear como último medio de prueba el garrotazo, siendo las mujeres tan batalladoras, ambiciosas, duras y desleales como sus hombres. Pero en medio de todos estos defectos tienen estas gentes el convencimiento de su propio valer, así es que si son mendigos nunca llegan á ser parias: otros pueblos puestos en las mismas circunstancias que ellos serían quizás menos rudos, pero también más miserables y serviles. Los tиббús tienen el espíritu del robo en la masa de la sangre, y lo mismo sirven para ladrones que para guerreros y soberanos. Su mismo sistema de robar es imponente y dados su cándido desenvolvimiento natural y su consecuencia podría parecer tragicómico si no fuese tan implacablemente cruel y no vieriera los caracteres repugnantes del ataque del perro fiero ó del chacal. «Era realmente notable ver á estos haraposos tиббús que incansablemente han de luchar con la más extremada miseria y con un hambre nunca aplacado formular las más descaradas pretensiones, creyendo realmente ó fingiendo creer que al hacerlo ejercen un legítimo é indiscutible derecho. Algunos daban claramente á entender que mis modestos presentes habían ofendido su aristocrática dignidad y que en su consecuencia necesitaban una reparación material, y los más benévols que habían aceptado mis regalos admiraban mi cándido valor y mi ignorancia por haberme presentado entre ellos con tan escasos recursos.» En otra ocasión dice el propio autor: «Las nociones de derecho aparecían de tal suerte confundidas que el paralítico Tangesi vino un día á mí á quejarse de que en el reparto de carne seca de camello le había dado una ración escasa; ¡un hombre á quien yo no conocía, que ni una vez me había dado los buenos días cuando por casualidad nos habíamos encontrado, que no estaba dispuesto á prestarme el más pequeño servicio de reciprocidad! ¿Con qué podía yo obsequiar al caudillo y á sus compañeros que vinieron á visitarme, cómo podía satisfacer sus exigencias yo, que sentía en mi estómago los dolores del hambre?» A nosotros nos ha de parecer de todo punto extraño este derecho del chacal que considera el bien ajeno como bien común y que sólo se halla limitado por la cuestión de cómo habrá de ser el mismo distribuído para que á cada uno le toque lo que por categoría y posición le corresponde. Este derecho no es otro que el derecho de seres hambrientos que viven sujetos á toda suerte de privaciones y á quienes la naturaleza ha hecho codiciosos. El estado de guerra casi permanente viene á agregarse á esto, dando nuevos estímulos á la vida

apartados de todo trato, llevan lo mismo que los igualmente pobres bosquimanos del Sud de Africa que habitan en el desierto, es decir, una piel de oveja atada á la cintura. Con la costumbre de pintarse ó untarse el cuerpo tan generalizada entre los negros, contrasta notablemente la sencillez que en este punto caracteriza á los tedas: éstos no se pintan, ni se untan los cabellos, ni se hacen más tatuaje que las citadas largas incisiones en la región temporal y debajo de los ojos. Las chozas de esteras en que generalmente habitan los tedas tienen más semejanza con el sistema de construcción nubio y árabe nómada que con el de los negros; los baeles las construyen redondas y las gentes del Fessán meridional cuadrangulares: estos últimos viven casi siempre aislados unos de otros, al paso que los primeros aparecen en Borkú y en Ennedi reunidos en pequeñas aldeas. En punto á armas escasean el arco y la flecha, siendo las más usadas la lanza y los hierros arrojados (véase el grabado de la pág. 229): las de fuego están muy poco extendidas. Las sillas y los jaeces de los caballos y camellos, allí donde éstos existen, acusan una procedencia árabe. Estos pueblos son quizás los que más esmeradamente cuidan á aquellos animales, y sus camellos de montar figuran en el número de los mejores del Sahara y son utilizados fuera de éste para la cría. La ganadería entra por mucho más que la agricultura, en la alimentación de estas gentes. Donde quiera que el suelo ofrece condiciones favorables para ser cultivado, allí acuden poblaciones sedentarias, pero siempre su condición es inferior á la de los nómadas por debajo de los cuales están también desde el punto de vista de las relaciones sociales. Los pueblos que arraigan en un territorio son á menudo pueblos mestizos de origen reciente, como los habitantes del país de Borkú, y ocupan, por ende, un nivel más bajo que los tиббús puros.

Sólo las comarcas montañosas ofrecen en grande escala condiciones para la vida sedentaria: sólo en sus valles hay tierra y aguas suficientes para que en las hondonadas puedan formarse oasis; y por otra parte las lluvias que en ningún año faltan, humedecen el suelo lo bastante para hacer brotar en él forrajes para los pequeños y frugales rebaños. Sin estos aguaceros únicamente sería habitable aquella mínima parte de Tibesti que, como Borkú, tiene la suerte de ver humedecido el terreno por agua subterránea. No se necesitan grandes chubascos para que en poco tiempo se llenen de murmuradoras aguas los lechos secos de las corrientes, pues este suelo duro y pedregoso engulle muy poca cantidad de agua: los peñascos llenan sus cisternas naturales y sus demás huecos y envían el resto á los lechos de los ríos. Nachtigal describe la sorpresa que le causó oír después de una lluvia no muy copiosa que cayó durante la noche, el mugido de las aguas que se precipitaban por un lecho poco antes completamente seco. Este fenómeno es causa de que casi cada año perezcan ahogados gran número de asnos, ovejas y cabras sorprendidas por una de estas repentinas riadas de las que algunas veces son víctimas los mismos camellos. Raro es el año en que no llueve en absoluto. La mayor frecuencia y densidad de los nublados coincide, al parecer, con el punto culminante del período de lluvias del Sudán, es decir, con el mes de agosto. Ya hemos citado (pág. 192) las plantas de cultivo del país tибббú; de ellas la más hermosa; al par que la más importante es en estas partes del desierto la palmera datilera, viniendo después las especies cereales trigo, dachn y durra. Los demás vegetales que se cultivan tienen escasa importancia. También hemos hablado de la ganadería cuyo principal elemento es el camello.

La distribución de la población, lo propio que el tráfico

están subordinados en el Sahara al modo cómo están diseminados dentro del árido desierto los pequeños territorios fértiles: la naturaleza misma de aquél hace que la vida aislada sea mucho más rara que la agrupación en los vivíficos oasis alrededor de los manantiales y de los pozos, naciendo de aquí una existencia que podríamos llamar insular; la idea tan generalizada entre los norte-africanos de que los europeos proceden de pequeñas islas esparcidas en el Océano, no es más que un reflejo de su propia manera de extenderse por el desierto, vasto, ilimitado, que por un lado ofrece al hombre espacio inmenso al paso que por otro traza límites muy estrechos á la existencia.

Los tибббús y tuaregs errantes viven en las mismas tiendas que los árabes (también tienen tiendas de cuero) ó en chozas de hierba ó de ramujos construídas sin la menor solidez: estas últimas son generalmente para los esclavos. En cambio, en las residencias fijas encontramos casas ó cabañas de piedra ó de limo que, sin embargo, carecen de la suntuosidad de la arquitectura árabe y berberisca que tantas huellas ha dejado en el desierto: las habitaciones de estos hombres no logran romper el marco de estrechez, miseria y decadencia que las oprime, y exteriormente son todas ellas cavernas bajas y de techo achatado y carecen de ventanas. La diferencia esencial entre las del Norte y las del Sud es que las primeras están hechas con piedra y las segundas con masas de barro. Todas las descripciones que hace Nachtigal de ciudades son tétricas: la primera población de Fessán que encontró viniendo del Norte, Bu N'ds-heim, cabeza de partido, causó una impresión verdaderamente desconsoladora con su sombrío, inhabitado y semiderruído castillo á cuyo pie se extendían unas pocas chozas; Temenhint, otro lugar de cierta importancia, había perdido el año anterior al en que Nachtigal lo visitó una tercera parte de sus cabañas que habían sido simplemente barridas por las lluvias; la misma ciudad de Mursuk tiene, es cierto, una calle excesivamente ancha pero los edificios que en ella se levantan son de tierra, lo cual da á esta vía un aspecto miserable, que no bastan á destruir algunas casas con pisos y con ventanas que se cierran por medio de postigos. Ghat, hace treinta años, sólo contaba 250 casas y alrededor del grupo por éstas formado varias chozas de ramas de palmera, siendo la única vivienda algo suntuosa la residencia del soberano de la ciudad: la población de ésta se compone casi exclusivamente de asgares libres, pues los siervos tienen una ciudad especial, Barakat, situada al Sud de aquélla. Ghat se ha formado indudablemente con colonias que se fueron desarrollando junto á los bosques de palmeras datileras y á los campos de *pennisetum* de los alrededores y que encontraron el agua subterránea, elemento importante de vida, en la vecina montaña á cuyos pies está situada la ciudad en medio de colinas de arena. El desierto, que tan buen guardador es de toda clase de ruinas, conserva todavía los restos de antiguas casas de piedra que en Air cubren toda la meseta del monte.

Las gentes de Tibesti son los mejores jinetes de camellos del Sahara (véase el grabado de una de sus sillas de la página 157), pues sus buenas cualidades como tales se juntan con las no menos buenas de sus excelentes cabalgaduras. Denham escribía hace 60 años: «Desde que el sultán de Kanem reside en Kuka los tибббús prestan de cuando en cuando el servicio de correos entre Bornú y Mursuk, pues son el único pueblo que no rehuye esta misión en extremo difícil y de la cual es tan problemático el volver sano y salvo que nunca parte un individuo solo á desempeñarla. Dos correos que encontramos en Agadem (entre Bilma y el Tsad) cabalgaban en arrogantes camellos con

una velocidad de seis millas inglesas por hora y nos aseguraron que en 30 días á lo sumo salvarían la distancia desde allí á Mursuk. Todo su equipaje consistía en un saco de trigo, dos odres de agua y dos escudillas, una de madera y otra de metal, para comer y beber.» El tunecino Mohammed, infatigable viajero, consagra frases de entusiasta admiración al cuidado con que los tибббús atienden á sus camellos y, cuando los tienen, á sus caballos, negándose resueltamente á admitir el más pequeño exceso de carga sobre el peso ajustado y procurando con el más exagerado celo por el bien de sus bestias. El propio autor añade que apenas la caravana abandonaba el lugar de descanso, su tибббú cogía las riendas de su camello y andaba á pie toda la mañana, cogiendo por el camino sin detenerse las hierbas que á su paso encontraba y que se apresuraba á dar á comer á su acémila. «Un día — dice — después del mediodía, mi tибббú abandonó las riendas y fué á recoger hierbas muy lejos de la caravana que prosiguió tranquilamente su camino, y al primer alto que hicimos ya estaba el hombre á nuestro lado, siempre alegre y ligero, con su manajo de plantas que propinaba á su camello no sin antes hacerle poner de rodillas. Gracias á estos cuidados los camellos de los tибббús están siempre sanos y robustos á pesar de las largas marchas que hacen, mientras que los de las caravanas que han de ayunar por el camino van siempre caídos y extenuados.

No menores cuidados prodigan á los caballos que así por su raza como por sus arreos acusan una procedencia árabe, bien que sus sillas, riendas y estribos son más ligeros que los de los árabes. Las sillas de montar son de madera, pequeñas y de poco peso y están abiertas á lo largo del espinazo; los trozos de madera de que se componen van atados con correas de cuero y el cojín está hecho con pelos de camello entrelazados: la cincha y las acciones son también de correa entrelazada siendo de hierro y los pequeños estribos en los cuales sólo apoyan los cuatro de dos pequeños del pie, para lo cual usan los jinetes unos zapatos especiales que tienen un espacio separado para el pulgar. Los tибббús montan á caballo muy de prisa, en la mitad del tiempo que para ello emplean los árabes, y se ayudan con una lanza que clavan en el suelo al propio tiempo que apoyan el pie izquierdo en el estribo saltando de este modo sobre la silla. Como infatigables jinetes no les aventajan los mejores árabes.

Lástima que la necesidad que tanto aguza el ingenio de estos hijos del desierto les haga tan desalmados en cuanto toca á la elección de medios para la consecución de sus fines. «El afán general por apoderarse de las cosas más miserables es causa de que todos y cada uno sean desconsiderados, suspicaces y embusteros; cada cual procura perjudicar al prójimo que se opone á su camino y la verdad es que allí la necesidad hace que todos se opongan al camino de todos, y este propósito no lo llevan á cabo de una manera relativamente legítima, sino tratando por todos los medios de hacer imposible la competencia en el precio ó en último caso apoderándose violentamente de éste. Para conseguir el logro de sus fines el teda miente, roba y si es preciso asesina, y por esto le vemos huir de la sociedad de los hombres y oculto entre las peñas edificar en ellas su solitaria choza, y por esto le vemos también inquieto cuando en sus senderos descubre las huellas de un compañero de tribu y aprovechar con predilección la noche misteriosa para realizar sus siniestros planes. Cada individuo vive sólo por y para sí, ajeno á toda idea de compañerismo, indiferente á todo sentimiento de vida en común é insensible á todo esfuerzo en pro del bienestar general, y si alguna vez

se juntan estas gentes es para hacer frente á un peligro común que amenace desde el exterior de sus territorios ó para realizar robos en cuadrilla, nunca para dedicarse á un trabajo colectivo ni para gozar de los encantos de una existencia inocente y tranquila, de la que apenas tienen la menor idea. La seriedad de su vida les ha despojado de toda inocencia. Sus asambleas populares son reuniones experimentales en donde se argumenta con sofismas y se hacen las más arteras interpretaciones del derecho, y que casi siempre terminan en sangrientas luchas.» (Nachtigal.) Esta tendencia continua á la lucha y á la astucia tiene su expresión característica en el hecho de que ningún tибббú ó tuareg va sin armas ni aun en su propia aldea: hasta las mujeres llevan un puñal oculto entre sus ropas y un fuerte garrote en el cinturón, teniendo algo de irónica la afirmación hecha por un antiguo viajero de que estas armas guardan íntima relación con las intrigas amorosas de las mujeres tибббús, puesto que Nachtigal nos habla de algunas aplicaciones más prosaicas de las mismas, por lo menos del garrote: en efecto, en las continuas y acaloradas disputas que se oyen en todas las poblaciones tибббús, vió siempre emplear como último medio de prueba el garrotazo, siendo las mujeres tan batalladoras, ambiciosas, duras y desleales como sus hombres. Pero en medio de todos estos defectos tienen estas gentes el convencimiento de su propio valer, así es que si son mendigos nunca llegan á ser parias: otros pueblos puestos en las mismas circunstancias que ellos serían quizás menos rudos, pero también más miserables y serviles. Los tибббús tienen el espíritu del robo en la masa de la sangre, y lo mismo sirven para ladrones que para guerreros y soberanos. Su mismo sistema de robar es imponente y dados su cándido desenvolvimiento natural y su consecuencia podría parecer tragicómico si no fuese tan implacablemente cruel y no vieriera los caracteres repugnantes del ataque del perro fiero ó del chacal. «Era realmente notable ver á estos haraposos tибббús que incansablemente han de luchar con la más extremada miseria y con un hambre nunca aplacado formular las más descaradas pretensiones, creyendo realmente ó fingiendo creer que al hacerlo ejercen un legítimo é indiscutible derecho. Algunos daban claramente á entender que mis modestos presentes habían ofendido su aristocrática dignidad y que en su consecuencia necesitaban una reparación material, y los más benévolos que habían aceptado mis regalos admiraban mi cándido valor y mi ignorancia por haberme presentado entre ellos con tan escasos recursos.» En otra ocasión dice el propio autor: «Las nociones de derecho aparecían de tal suerte confundidas que el paralítico Tangesi vino un día á mí á quejarse de que en el reparto de carne seca de camello le había dado una ración escasa; ¡un hombre á quien yo no conocía, que ni una vez me había dado los buenos días cuando por casualidad nos habíamos encontrado, que no estaba dispuesto á prestarme el más pequeño servicio de reciprocidad! ¿Con qué podía yo obsequiar al caudillo y á sus compañeros que vinieron á visitarme, cómo podía satisfacer sus exigencias yo, que sentía en mi estómago los dolores del hambre?» A nosotros nos ha de parecer de todo punto extraño este derecho del chacal que considera el bien ajeno como bien común y que sólo se halla limitado por la cuestión de cómo habrá de ser el mismo distribuído para que á cada uno le toque lo que por categoría y posición le corresponde. Este derecho no es otro que el derecho de seres hambrientos que viven sujetos á toda suerte de privaciones y á quienes la naturaleza ha hecho codiciosos. El estado de guerra casi permanente viene á agregarse á esto, dando nuevos estímulos á la vida